

# El umbral del dolor



Luis  
Sánchez-Merlo

El dolor no conoce edades, sexo ni culturas y, sin embargo, aqueja a cada uno de manera diferente, si bien influyen factores biológicos, genéticos, psicológicos, sociales y ambientales, como determinantes del umbral de dolor, que es la capacidad de los seres humanos para soportar la sensación de dolor y cómo reaccionamos.

Mientras un umbral del dolor alto significa una mayor capacidad para tolerar la sensación de dolor; un umbral del dolor bajo apunta a quien no lo “aguanta” bien. Hay que evitar confundir el umbral con la tolerancia al dolor, que es la intensidad máxima que somos capaces de soportar.

Desde el comienzo de la guerra de aniquilación, una sociedad doliente, sin capacidad de reacción, asiste a la destrucción sistemática del país invadido. Y una cuestión subyace: ¿La respuesta occidental a la agresión rusa responde al umbral bajo de dolor de una población aterrada con la amenaza nuclear? Este es el horrible dilema, porque esta guerra también es nuestra guerra.

Ucrania, nación soberana, se mantiene firme, y prácticamente sola, en la defensa de los valores democráticos occidentales. No corresponde al señor Putin dictar los términos de la existencia geopolítica de este país devastado, ni ahora ni en el futuro. Atañe exclusivamente al pueblo ucraniano decidir su forma de gobierno, determinar su propia política exterior y sus alianzas estratégicas.

El presidente Zelensky que, a diferencia de otros que huyeron, sigue al pie del cañón –con emisiones diarias de vídeo, hábil uso de las redes sociales y vuelta al ruedo en los parlamentos nacionales–, se ha ganado el afecto de los suyos, insistiendo sin descanso en “derrotar a la tiranía”.

Entretanto, la guerra está en marcha. Con Gerasimov en la sala de mando, Rusia pasa el rodillo para ofrecer a Putin una victoria pírrica que vender en sus terminales publicitarios. Pero sus órdenes no se están cumpliendo, ni en tiempo ni en espacio.

Durante la reunión anual del Foro Económico Mundial (en Davos, Suiza) –donde los multimillonarios dicen a los millonarios lo que piensa la clase media– el canciller alemán Olaf Scholz declaró: “No podemos permitir que Putin gane su guerra, así que debemos dejarle claro que no habrá ‘paz del vencedor’”. Nuestros aliados pueden confiar en Alemania”. Pero el diario de la guerra desvela que no acaba de actuar de forma rápida y decisiva en el apoyo –militar y económico– a Ucrania para ganar, ya que sus acciones son clave para contrarrestar los flagrantes actos de destrucción, genocidio y acaparamiento de tierras provocados por el Kremlin.

La presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, dejó clara la pertenencia de Ucrania: “Debe ganar porque es uno de nosotros”. Bonitas palabras que no disuaden a Rusia de su objetivo palmario: desmembrar Ucrania, poco a poco.

Siempre en Davos –ese cónclave exclusivo, paraíso para la conjetura– Henry Kissinger (99 años) ha roto su silencio, aconsejando a Ucrania ceder territorio a Rusia para frenar la guerra, y advirtiendo a Occidente de que una derrota humillante para el Kremlin podría generar una desestabilización aún mayor. Merecen atención las admoniciones de un hombre –con sus luces y sombras– tan experimentado, pero ahora la prioridad es la victoria que termine con Rusia más debilitada –vulnerable militarmente, destartada económicamente, despreciada internacionalmente– de lo que estaba el 24 de febrero cuando comenzó su agresión.

Con su habitual indignación fingida –tratando de infundir miedo y bajar un poco más el umbral–, las últimas amenazas de Putin: “Atacaremos nuevos objetivos si llega más ayuda militar a Ucrania”, ante lo que considera supuestas violaciones de la OTAN –un escandaloso abastecimiento de armamento

la guerra (“si empiezas a tomar Viena, toma Viena”), comprendía los peligros “militares y diplomáticos” de la provisionalidad.

Replantear la estrategia exigiría poner más énfasis en la necesidad de una derrota terminante de Putin y no de Rusia, acentuando esa división siempre que sea posible. Aunque ya ha perdido el 80% de sus objetivos militares iniciales y nunca podrá ocupar toda Ucrania, tiene que ser ahora o el precio, después, será mucho mayor,

Sólo desde una posición de fuerza militar podrán los ucranianos decidir negociar para evitar más derramamiento de sangre. Y eso pasa por más equipo militar, inteligencia, apoyo moral y sanciones expeditivas.

Ahora no importan tanto las cuentas de la reconstrucción; los juicios por crímenes de guerra; la devolución del territorio ucraniano previamente anexionado por Rusia, como Crimea. Tampoco se trata de salvar la cara al responsable, con una “rampa de escape”. Para



@costhanzo

“objetable” – no hacen más que subrayar lo vital que resulta mantener el rumbo.

Si consigue más territorio, seguirá intentando lo mismo en otras naciones vecinas. Hay que evitar que gane, enviando lo que necesiten a quienes siguen luchando con el umbral del dolor alto. No se evitará el apaciguamiento, porque no se conformará con otra cosa que no sea la victoria total.

Para garantizar que Ucrania sobreviva, se impone perseverar. No es momento de desfallecer y esperar no es suficiente. Esa sería una victoria que bien vale un esfuerzo generoso, tanto de la UE como de la OTAN.

Con la vacilación en preocupante ensanchamiento, los más críticos dicen que es hora de que los dirigentes de la OTAN dejen de esconderse detrás de la hoja de parra, que es el artículo 5. Para quienes así argumentan, utilizar las sanciones económicas como herramienta principal con la que debilitar a Rusia no funcionará, porque fuera de las naciones occidentales, aún hoy, el resto del mundo sigue haciendo negocios con Rusia.

Napoleón, sabio en el intrincado mundo de

evitar la “paz del vencedor” de Scholz, lo que importa es la restauración del *statu quo* geográfico del 24 de febrero. Y a partir de ahí, empezar a hablar.

Para ello, hay que encontrar formas de informar al pueblo ruso sobre lo que el dictador y sus amigos ladrones les han hecho a ellos, a su ejército, a su economía, a sus relaciones internacionales y a su nivel de vida.

Habida cuenta del bajo umbral del dolor en Occidente, la reciente decisión de la UE de embargar el 90% de las importaciones de petróleo ruso para finales de año ha sido especialmente alentadora. Subirá el umbral cuando se perciba, de forma inequívoca, la voluntad de ayudar efectivamente a Ucrania. Para poner fin a la agresión de Putin, no hay otra respuesta aceptable que ganar.

El general MacArthur, tras ser relevado del mando en la guerra de Corea, proclamó: “No hay sustituto para la victoria”. Y un marine desconsolado, entre los escombros de un país devastado, dijo: “He estado en demasiadas guerras sin ningún propósito real. Esta es la guerra más justa de mi vida”.